

RUBIO HERNANSÁEZ, Luis: *Contrarrevoluciones católicas. De los chuanes a los cristeros (1792-1942)*. Zacatecas: Texere, 2017, 609 pp.

El autor de *Contrarrevoluciones católicas*, Luis Rubio Hernansáez, se propone ofrecer al lector una visión global de los movimientos contrarrevolucionarios de carácter católico que se produjeron desde finales del siglo XVIII, más concretamente a partir de 1792, hasta mediados del siglo XX, 1942, para ser exactos. Y lo hace desde una perspectiva transnacional. El análisis que presenta se centra, fundamentalmente, en el estudio de varios casos europeos. No obstante, supera los límites de Europa para abordar la rebelión que se produjo en 1808 en Santo Domingo y la guerra cristera, que tuvo lugar en el México de la década de los veinte (1926-1929) pero que se mantuvo latente a través de varios rebrotes hasta 1942. Su objetivo parece ser construir un fresco general que conecte explicativamente unos hechos con otros, a pesar de que estos se produzcan en espacios, contextos y momentos históricos totalmente diferentes en buena parte de los casos. En el prefacio de la obra, el autor sostiene que las luchas de las sociedades tradicionales católicas han permanecido en un limbo historiográfico. Con estas luchas Rubio Hernansáez se refiere a la Revolución Francesa y a algunos de los conflictos desarrollados en el período napoleónico en Europa y América, a la guerra de los agraviados en España y Portugal, a la primera y la tercera guerra carlista en España, a la guerra del Sonderbund en Suiza y, ya en el siglo XX, a las ya mencionadas guerras cristeras en México y a la Guerra Civil española. Guerras y conflictos de desigual escala a los que dedicará los diferentes epígrafes del texto. Desde el momento que el autor considera que todos estos conflictos fueron esencialmente guerras de religión y que estos no han sido adecuadamente estudiados porque no se

han analizado a la luz de este enfoque, el planteamiento del autor ya resulta cuanto menos cuestionable. De hecho, se sostiene que la visión que se ha dado de estas contiendas es sesgada, cuando no errónea, y, por esta razón, el autor confiesa haber asumido «la decisión de ofrecer una visión de estos enfrentamientos desde la perspectiva del catolicismo tradicionalista» (Prefacio, p. 16) que es, a su juicio, la que aporta los elementos necesarios para explicarlos adecuadamente.

El libro está estructurado en dos partes. Mientras en la primera se reflexiona sobre las características comunes a todos los enfrentamientos tratados y en torno a quienes fueron sus protagonistas y cuál fue su papel en el desarrollo de los mismos, en la segunda parte, unas cuatrocientas páginas, se hace un repaso a la evolución de los principales acontecimientos bélicos acaecidos en cada uno de ellos. Es, por tanto, en la primera parte de la obra en la que se desarrolla el argumento vertebral del trabajo y en la segunda en la que se exponen los estudios de caso. La tesis central del libro es que «las contrarrevoluciones constituyeron la forma armada y popular de la Contrarreforma católica de los siglos XVIII al XX» y que, aunque hubo otros elementos que empujaron a los católicos a levantarse —como la defensa del rey o de los fueros—, el principal hecho movilizador «fue la idea de *impiedad*» (p. 36), es decir, un aspecto de carácter religioso. Lo que no impide que el autor reconozca que todos estos elementos fueron esenciales y que, en realidad, estaban interconectados en el imaginario tradicionalista. En la obra se afirma, por otro lado, que estos movimientos no fueron organizados por la institución eclesiástica y que, salvo casos aislados, los miembros del clero no participaron mayoritariamente en ellos. Además, se defiende la prudencia e incluso el mutismo que caracterizó al papado y al alto clero a la hora de posicionarse frente a estos levantamientos,

con la excepción, en el último caso, de los obispos españoles durante la Guerra Civil (1936-1939) y, en lo que parece una tentativa por eximir a la Iglesia de cualquier implicación directa en el estallido o el desarrollo de los mismos, se critica duramente las interpretaciones político-sociales y académicas que han presentado a la Iglesia y a sus miembros como cabezas intelectuales o instigadores de estos conflictos.

A lo largo de esa primera parte de la obra también se aborda el estudio de varios aspectos, como los impuestos o los símbolos, que, vinculados al desarrollo del liberalismo, chocaron directamente con los presupuestos ideológicos e identitarios del tradicionalismo y que, en consecuencia, constituyeron el germen de protestas y enfrentamientos. Si bien se minimiza, en todo caso, el peso que tuvieron los factores económicos o los ataques a la monarquía como elementos movilizadores o impulsores de conflictos, insistiendo continuamente en la importancia de la defensa de la religión católica como origen de los mismos y como la causa por la cual muchos decidieron tomar las armas, fundamentalmente, en el mundo rural. Más allá de los interrogantes y las prevenciones que se pueden plantear a lo largo de los diferentes epígrafes de esta primera parte, esta resulta en varias partes confusa. Esto se debe, básicamente, a que Rubio Hernansáez, en el desarrollo de su argumentación, salta de un conflicto a otro sin guardar, en ocasiones, una coherencia cronológica o espacial para sostener y ejemplificar sus tesis. Asimismo, cuando alude a otras investigaciones sobre la cuestión no siempre hace mención directa a quien las ha desarrollado y se refiere «al autor», a «un historiador», etc., que si bien en ocasiones está después referenciado en nota, en otras no. De hecho, el aparato crítico es uno de los elementos más cuestionables del libro.

En la segunda parte de la obra, como ya se ha señalado, el autor hace un repaso

por los conflictos seleccionados para analizar la cuestión. Dada la extensión y la enjundia de algunos de los casos tratados, en esta reseña se ha optado por comentar brevemente, únicamente, la interpretación que ofrece sobre los dos últimos: las guerras cristeras y la Guerra Civil española. Rubio Hernansáez es especialista en el estudio de los conflictos religiosos en México y ha publicado trabajos en torno a la cristiada en Zacatecas y Jalisco (*Zacatecas bronco. Introducción al conflicto cristero en Zacatecas y norte de Jalisco 1926 1942*. México: Universidad Autónoma de Zacatecas, Unidad Académica Ciudad de Zacatecas, 2008, 442 pp.). Sin embargo, no despliega estos conocimientos para examinar en profundidad el conflicto desde el punto de vista religioso, ni hace un estudio sociológico o cultural en torno al peso de la religión para los cristeros, ni ofrece una imagen clara de la cosmovisión de los mismos ni de cómo esta determinó, junto con otros aspectos de tipo sociocultural, políticos y económicos que fueron claves y que no deben ser minusvalorados, su levantamiento, por señalar solo algunos ejemplos de lo que podía ser y no es su análisis; sino que, prácticamente, se limita a hacer un repaso de los enfrentamientos militares y del peso que jugaron los principales protagonistas políticos, militares y eclesiásticos en la cuestión. Por otra parte, se exponen dichos acontecimientos sin citar la fuente de la que se toman los datos. Y conviene señalar también que, a pesar de que el autor hace referencia a Jean Meyer o Enrique Guerra Manzo, dos de los grandes especialistas sobre el tema, no cita, en el caso del primero, sus últimos trabajos y, en el de Guerra Manzo, los más importantes. Tampoco se menciona a otros investigadores que han trabajado sobre la cuestión como Roderic Ai Camp, Andrés Azkue, David C. Bailey, Víctor Ceja Reyes, Agustín Vaca o Moisés González Navarro, ni se hace alusión a los últimos trabajos publicados y entre los que destaca *Devoción*

y disidencia. Religión popular, identidad política y rebelión cristera en Michoacán, 1927-1929 de Matthew Butler (Zamora, Mich.: El Colegio de Michoacán, Fideicomiso «Félix Teixidor y Monserrat Alfau de Teixidor», 2013).

En lo que respecta al caso de la Guerra Civil sucede lo mismo. La bibliografía citada no es prolífica ni está actualizada. No se mencionan los trabajos de Julián Casanova, Rafael Cruz, Paul Preston, Ángel Viñas o Enrique Moradiellos entre muchos otros, ni siquiera los de Hilari Ragner, Julio de la Cueva Merino, Michel Richards o Francisco Javier Caspistegui, que han abordado respectivamente la posición de la Iglesia española frente al conflicto, el anticlericalismo durante este período, el papel y los discursos de la Iglesia frente al mismo y el peso de la identidad carlista como elemento movilizador durante la guerra en Navarra. Tampoco se hace referencia al ya clásico estudio sobre «la persecución religiosa» escrito por Antonio Montero Moreno en 1961. De hecho, se ofrecen cifras exactas de miembros del clero asesinados y de edificios de la Iglesia destruidos sin citar las fuentes. Sin embargo, a pesar de la gran producción historiográfica que no ha sido tomada en cuenta, se cita a Pío Moa. Huelga decir nada más al respecto. Por otro lado, la interpretación que se da del conflicto es cuestionable desde el mismo momento que denomina a la Guerra Civil como «la cuarta guerra carlista», algo que aunque no se explica en el texto, se intuye que hace referencia a la importancia capital que Rubio Hernansáez otorga a los carlistas en la organización del golpe y a los requetés en el plano militar. Sin minusvalorar el peso que pudieron tener estas fuerzas en la guerra, considero que el autor lo tiene idealizado. Es más, se dice que «la actuación del requeté habría de ser absolutamente fundamental en los primeros días del alzamiento»

(p. 541) y, en contraposición, pocas páginas después, se sostiene que «las tropas regulares eran poco de fiar» (p. 546). A Fal Conde, por su parte, se le describe como «brillante abogado andaluz» (p. 540). El texto, en esta parte, presenta, además otros problemas que darían de por sí lugar a una refutación o, al menos, a un debate. Se afirma que las fuerzas públicas no intervinieron para evitar las quemaduras de edificios eclesiales en la primavera de 1931 o que la campaña electoral de 1933 se produjo en un clima de violencia ejercida por pistoleros; se hace hincapié en la igualdad armamentística entre ambos bandos; se niega la importancia que tuvo la política de la No-Intervención para la derrota republicana o se asevera que «la persecución religiosa sufrida en estos primeros meses [...] es la mayor persecución de la Iglesia romana en toda su historia» (p. 554), por citar solo algunos ejemplos controvertidos. Y lo más grave, se presenta el golpe de Estado como una respuesta al extremismo de la izquierda. Cito: «Los socialistas radicales, los anarquistas, trotskistas y comunistas estaban dispuestos a barrer la religión católica de España como única forma de lograr el éxito de la Revolución; era la forma de liberar al país del peso tradicionalista medieval, del feudalismo sociológico que diría Marx. Los católicos recogieron el guante, esa es la pura y simple verdad de los hechos» (p. 562). Probablemente, hay quien pueda sostener que en trabajos de estas dimensiones, con temáticas tan amplias, es difícil para el autor matizar y sencillo para el lector echar en falta profundidad a la hora de argumentar; sin embargo, eso no implica que debamos renunciar al rigor y exigir, al menos, coherencia estructural y argumental y una bibliografía amplia y actualizada.

Rebeca Saavedra Arias
Universidad de Cantabria